

fecto que él sabía que no se perdona á los reyes, ni á los que á serlo aspiran; y además, aquello no era pusilanimidad, como no lo es en quien camina de noche y á obscuras estremecerse si ve brillar unos ojos en la sombra. No podía olvidar que Miraya, y no por instinto, sino por análisis, había demostrado también una extraña aprensión al saber la venida y la aparente adhesión de Nordis á la causa de Felipe; y dominándose, con la fuerza de voluntad que sabía desplegar en casos como aquel, nuevamente murmuró, reflexionando:

—Pero si Nordis se atreve á intentar algo contra mí, ¿no será por iniciativa propia? ¿Tendrá instrucciones?...

Nakusi bajó la cabeza: no se atrevía á formular una acusación directa contra el gran duque, al fin el hermano del rey, el valeroso caudillo, el veterano...

—¡Sólo mi tío... ó la reina!—prosiguió Felipe sonriendo, para animar á su interlocutor.

—¡La reina es una señora cristiana!—contestó lacónicamente Nakusi.

—Entonces...

—Guárdese bien vuestra Alteza, señor—repitió el sobrino de Moldau.—Los grandes tienen las desgracia de que á veces les sirven..., hasta el crimen, aunque ellos no exijan tal servicio. El duque Aurelio de cierto no ordenará una infamia, pero Nordis es capaz de adelantarse hasta al pensamiento... Guárdese bien vuestra Alteza—insistió con empeño, cruzando las manos.

## XI

## MÁS RECELOS

DE las virtudes requeridas para el papel que iba á desempeñar, tenía Felipe, en grado más eminente, el valor; y, sin embargo, las indicaciones de Nakusi le hicieron sentir ese primer escalofrío inevitable, que causa hasta en el hombre más entero el peligro vago y sin forma, imposible de prever, y, por consiguiente, de evitar. La impresión fué rápida; la duración del escalofrío, corta y sin influencia depresiva. Con un desdén que tenía líneas de belleza olímpica y majestuosa, Felipe resolvió conjurar el fantasma del miedo, que se alza sangriento y lívido ante las testas coronadas. Para contribuir á disipar esa preocupación de un orón inferior, aunque tan humano, tenía Felipe otra muy honda y persistente: Rosario y su suerte. A medida que se acercaba el día de romper aquel lazo, más apretado de lo que sospechaba él mismo, el alma de Felipe se sentía invadida de sorda angustia, parecida al remordimiento. La desdicha del hombre moderno, es ser á la

vez egoísta y sensible; lo bastante egoísta para ceder á sus pasiones, lo bastante sensible para sufrir al presenciar el estrago causado por ellas en el ajeno destino. Por ser interior y cuidadosamente oculta, la lucha de Felipe no era menos violenta, ni menor su desasosiego. A decir verdad, no puede llamarse *lucha* aquel estado especialísimo: existe lucha propiamente dicha, cuando la voluntad fluctúa entre dos soluciones; y Felipe no fluctuaba: comprendía—en esos momentos de lucidez que acompañan á las crisis supremas—que estaba resuelto; que lo había estado desde el día y hora en que los enviados de Dacia llamaron á su puerta y le saludaron con el nombre de *rey*... Todos sus actos, á partir de aquel instante, habían sido inspirados y dictados por la volición—inconsciente al principio, y hasta envuelta en repugnancias y negativas semejantes á las de la mujer que rehusa el amor deseándolo en secreto con todas las fuerzas de su alma—al fin explícita, desbordada como torrente que lo arrebató todo. No fluctuaba, pero sufría, y tal vez sufría más al reconocer que no fluctuaba siquiera; que la conciencia de su divina felicidad al lado de Rosario, no era suficiente para quitarle el afán de correr á otra vida cuyos riesgos y amarguras presentía. Y no fluctuaba, á pesar de ver con intuición clara y aguda que lo que dejaba atrás, lo que sólo había disfrutado poco tiempo, era la bienaventuranza, y lo que buscaba, algo incierto y triste, cuyo peso de antemano sentía sobre los hombros, cuyo azoramiento ya le

hacia latir de inquietud las sienes y el corazón.

La consecuencia fatal de estados del alma semejantes al de Felipe, es que impulsan á la resolución inmediata, la cual, sólo por ser resolución, tiene la virtud de sosegar, siquiera un momento, el espíritu. «El mal paso andar lo pronto»—dicen para sí todos los que se ven en casos análogos—el condenado á muerte, que ansía llegar cuanto antes al lugar del suplicio; el enfermo, que desea la cruenta operación, el hierro registrando sus entrañas; la mujer en cinta, que, con vértigo indefinible, espía la llegada del primer dolor. Felipe, más hondamente afectado de lo que creía él mismo, revelaba este anhelo en una de sus conversaciones íntimas con Miraya,—porque la rectitud y lealtad de Nakusi, su otro confidente adictísimo, le hubiese estorbado un poco para descubrir sentimientos complejos, nada francos ni nobles, y en que entraba algo que un espíritu caballeresco reprobaría tal vez en voz alta,—ó en voz baja, que aún sería peor...

—Comprendo—dijo al periodista Felipe—que es insostenible nuestra situación, y quisiera terminarla en un sentido ó en otro. He detestado siempre las posiciones falsas, y me parece la mía tan anómala...

—La señorita Rosario—respondió Miraya, envalentonado por la confianza y atreviéndose á pronunciar un nombre que rara vez resonaba en aquellos diálogos del príncipe y el consejero—no ha podido presentarse mejor, y la causa de Dacia no tiene amiga más sincera.

Comprenderá, pues, á maravilla el estado de las cosas, y ella misma incitará á vuestra Alteza á adoptar una medida... que... efectivamente... ya reviste carácter de urgentísima.

Felipe María guardó silencio un instante, pero sus ojos, oscurecidos y dilatados, interrogaban.

—Sé lo que digo, señor...— insistió eficazmente Miraya.— Noticias tengo, y frescas: de esta mañana misma. Los astros parece que se han puesto en conjunción para favorecer á vuestra Alteza. A la adhesión del duque Aurelio... que, la verdad, me había parecido sospechosa... tenemos que sumar otra... más sorprendente, mucho más, y de una importancia tan extraordinaria, que apenas me atrevería á darle crédito, si no viniese la nueva por conducto bien fidedigno... ¡La reina, señor! ¡La misma reina transige ya con la candidatura de vuestra Alteza, y no se opone á que antes de... de los últimos momentos del rey... sea vuestra Alteza reconocido oficialmente!

—¡La reina!— repitió asombrado Felipe.

—¡La reina! A decir verdad, ya teníamos barruntos de esta gran victoria, la victoria decisiva y capital. Ha andado aquí la mano de un apóstol, de un misionero y de un santo: el arzobispo de Vlasta. Hemos tenido la suerte de tropezar con una señora piadosa, y apelando á su conciencia...

Mientras Felipe, nervioso, se levantaba y, midiendo á pasos agitados el aposento, echaba bocanadas de humo de cigarro, Miraya conti-

nuó, irritando su deseo y exaltándolo hasta el paroxismo.

—El arzobispo de Vlasta ha conseguido el triunfo y ya la reina no tiene más que un baluarte donde se parapeta: la... situación de vuestra Alteza, que también el prelado considera escandalosa! El día en que vuestra Alteza dé el ejemplo de una separación... que tranquilice las conciencias... la reina dará á su vez el de sacrificarse por la paz y por la gloria del reino de Dacia... y estará dispuesta á besar en la frente al príncipe heredero... y á... á llamarse su madre. ¡Su madre! ¡Así, así, como suena!

—Sebasti— declaró Felipe deteniéndose y frunciendo el ceño— aquí estamos solos y hablamos como hombres. Nada me importan los escrúpulos y las aprensiones de la reina y del arzobispo, y si le dijese á usted otra cosa, usted no lo creería... Pero ya, en el caso en que me encuentro, una determinación se impone. Busquemos medio de que lo inevitable resulte menos doloroso.

—De eso se trata— aprobó el periodista respirando á gusto al desembarazarse de lo que él allá por dentro llamaba *tiquis miquis* de la conciencia.— En primer lugar es preciso que la señorita Rosario no carezca de recursos jamás.

—Toda mi fortuna personal será suya por donación— contestó precipitadamente Felipe.

—¡Es naturalísimo! Aunque algo mermada la hacienda de vuestra Alteza, basta para que una señora viva con holgura y comodidad.

—He pensado, además— prosiguió Felipe—

arrendar la Ercolani por dos ó tres años, á fin de que Rosario permanezca aquí...

—¡Magnífico! La Ercolani es un retiro digno de una elevada dama... Pero, si bien todo eso es muy conveniente y necesario y deja á vuestra Alteza en el lugar en que no podía menos de quedar siempre, lo creo de... de secundaria importancia al lado de... otras cosas que... en el momento presente... que ya.

—¡Sí, sí, entiendo!—murmuró Felipe, reprimiéndose y pasando sin querer la mano por la sien, donde un ligero sudor rezumaba.

—¡Vuestra Alteza adivina! Es de la mayor urgencia, es cuestión de días ya. Aparte de que la reina está pendiente de las resoluciones de vuestra Alteza, hay un motivo para que se precipiten los sucesos. La familia de Albania llega á Mónaco á fines de la semana... Es decir, el príncipe no llega: vienen solamente la princesa, con la heredera Dorotea Electa, —*Electa de Dios*, según la llaman en Dacia...— y con la hermanita menor Clementina Margarita, que es un ángel. No es posible que vuestra Alteza les haga la visita que esperan, sin que antes.

Hubo otro momento de silencio. En ocasiones análogas, Felipe, convencido y subyugado, acostumbraba, sin embargo, no acceder de buenas á primeras. Era una manera de salvar su dignidad.

—Se pensará en eso, Sebasti—dijo al fin.— Lo que necesitamos—añadió agarrándose, como suele hacerse en tales momentos, á una insignificante circunstancia que disimulase más graves

cavilaciones — es un cochero que sepa su obligación. Echo de menos á Esteban, y no me determino á enganchar uno de los troncos buenos, porque prefiero que se estén en la cuadra á meterles en manos pecadoras. Y si llega el caso de hacer alguna visita... de cumplido... de ceremonia... no he de presentarme con las jaquillas de diario. Además, esos animales se están resabiando. El tronco flor de romero es una pareja de fieras. Anoche quisieron soltarse, morderse, pelearse, y armaron un estrépito infernal.

—He previsto el caso—respondió Miraya, demostrando cortésana solicitud.— He encargado á Mónaco un cochero como debe ser el de vuestra Alteza, y ya me han hablado de uno excelente,—y dacio, por más señas, pero que lleva cinco años sirviendo en París.—Sólo que quiero informarme mejor. Todo cuidado es poco tratándose de la servidumbre de un príncipe que tiene enemigos...

—¡Enemigos! Nakusi es también un medroso como usted,—dijo serenamente Felipe, que ya se había rehecho y cultivaba la estética de los reyes, el desdén del peligro.

—Conviene avisparse—respondió meditabundo Miraya.— Hay moros en la costa, y he visto revolotear pájaros de mal agüero... La transacción del duque Aurelio no me pasa á mí de aquí—y Miraya se llevó á la garganta las manos.—Se me figura que me daba menos aprensión cuando nos hacía la guerra sin rebozo... Temo á los griegos hasta en sus dádivas...

Nuestro insigne Stereadi ha querido imponerme sus convicciones optimistas, pero, no lo puedo remediar, del gavilán no se flan á dos por tres las palomas... ¿Qué hacen en Mónaco ciertos personajes? Es particular que nos hayan cobrado tanto cariño, que nos sigan á donde quiera que vayamos. Yo ruego á vuestra Alteza que, por si acaso, no salga solo nunca, y, sobre todo, que evite á los espadachines de la casta de ese Prunkay, que andan siempre buscando quimera. No he olvidado la estocada de Viodal: aquello fué un aviso. El día en que vuestra Alteza haya asegurado, por un legítimo matrimonio, la sucesión al trono, se me quitará el miedo. De rodillas le ruego á vuestra Alteza que piense en todo lo que le digo... Asegurar la sucesión... Ese es su deber y su interés...

—Bien: Miraya... Yo sé lo que debo hacer — contestó regiamente Felipe.

## XII

## EMIGRA LA GOLONDRINA

COMO una fatalidad, impúsose á Felipe la precisión de dejar cuanto antes la Ercolani, de desatar el nudo de la convivencia. Y, al advertir en sí este impulso que parecía, — como dirían los antiguos, — obra de un numen, Felipe notaba á la vez una especie de ardor triste y mal-sano por la mujer á quien se disponía á abandonar. Si los arrebatados transportes, si ciertas vehemencias furiosas probasen algo más que la eterna contradicción que reside en el corazón del hombre, Rosario pudo creer, en aquellas últimas horas, que había reaparecido, llena y radiante, la luna de miel. Renováronse los paseos al bosque después de almorzar; á las horas de la siesta, el templete y el bosquecillo acogieron otra vez el grupo inseparable de los primeros días, y de noche, la falúa recibió en sus pilas de almohadones el cuerpo del enamorado, rendido al peso de la felicidad y recostando la cabeza para soñar plácidas visiones, que se alzan de las olas, surcadas dulcemente por la

embarcación, y heridas por el candencioso batir del remo. Buscaba Felipe, en aquella embriaguez, una tregua, un instante de olvido, y con la avidez del que apura las postreras gotas del bebedizo, alzaba la copa de oro antes de dejarla rodar al fondo de las olas, como el rey de la balada—otro rey que también sufría.

Rosario se prestaba al juego. Acaso quería, á su vez, aturdirse para no sentir el dolor. Quizás, en su aquiescencia, en su complicidad, se ocultase la terca esperanza, que nunca muere en los corazones verdaderamente apasionados: ó quizás fuese aquella una peregrina forma de su constante abnegación.

Seguro ya de su victoria, Miraya, con la habilidad diplomática de siempre, dejaba el campo libre: respetaba el epílogo. Como en Mónaco echasen de menos á Felipe María sus amigos y partidarios, el periodista se encargó de explicar el hecho del modo más grato á los ácerimos felipistas: era que el príncipe, llegado el momento de dejar definitivamente la Ercolani y de instalarse en Mónaco para cortejar á la princesa de Albania, necesitaba arreglar mil asuntos, y estaba consagrado á ese trabajo enojoso, pero indispensable. Cundía la noticia: el príncipe se prestaba ya á todos los deseos de sus leales súbditos; renunciaba á las aspiraciones de su corazón, borraba de un solo rasgo su pasado borrascoso—pasado que, por otra parte, contribuía á darle cierta aureola poética,—y se hacía, por el sacrificio de su amor, digno de la gratitud de la patria. Animoso y firme, no va-

cilaba: Dacia ante todo. Y los hombres serios y las damas delicadas y pudorosas le aplaudían, le compadecían, le querían más por sus desafíos, sus aventuras, sus pasiones, sus luchas morales.

Atento á que ni el menor detalle pudiese comprometer el resultado de campaña tan felizmente emprendida, Miraya no dejaba cabos sin atar. Había ajustado, en el mejor hotel de Mónaco, un departamento digno del príncipe heredero de Dacia, y buscado cuadras y cocheras donde cupiesen los trenes que debían trasladarse de la Ercolani, preparando así á Felipe instalación propia de su elevada categoría. Ya figuraba entre el servicio el cochero que debía reemplazar á Esteban: era un dacio montañés, de esos que han nacido á caballo; especie de centauro cuyo instinto atávico, perfeccionado por la enseñanza, puede hacer maravillas; y maravillas había hecho en Alejo—así se llamaba el nuevo auriga—la residencia en París y Londres, el continuo roce con caballistas, aficionados y chalanes. Su rostro atezado, duro y enjuto, revelaba vigor y resolución, y no había sino verle asir las riendas para conocer que subyugaría al potro más indómito. Al observar una cicatriz que, partiendo de la sien, llegaba á la comisura de la rasurada boca de Alejo, Miraya hubo de preguntarle si había estado en la guerra, pues aquella señal delataba el filo de un arma corva, de las que usan los orientales; pero Alejo negó que hubiese servido jamás, si bien confesó una lucha cuerpo á cuerpo con cierto dálmata, que le había cruzado con su sable.

Y mientras Sebasti Miraya ejercía las funciones de aposentador é intendente ¿qué hacía Gregorio Yalomitsa; cual era el papel del bohemio en la Ercolani? Un triste papel: el del que no cesa de rabiarse por dentro. No solo no cruzaba palabra con Felipe María; no solo guardaba en la mesa un silencio de niño encaprichado, sino que, cuando le era imposible no referirse al dueño de la casa, afectaba llamarle con insistencia «Flaviani.» El apellido *Leonato* no existía para él. De vez en cuando, en la conversación general, enjaretaba una mortificante alusión á la bailarina, á sus desventuras, á las injusticias cometidas con ella,—á todo lo que era diplomático no mentar;—estos alfilerazos apuraban la paciencia de Felipe, y en Miraya determinaban arrechuchos y desplantes de grosería. Finalmente, tanto extremó la oposición el bohemio, que un día Miraya, llamándole aparte, le significó que en aquella casa no había puesto para él, y que si tenía delicadeza, se iría inmediatamente. Nada contestó Yalomitsa; encogiose de hombros con el más profundo desprecio, y media hora después prevaliéndose de sus hábitos de familiaridad, entraba en el gabinete de Felipe y se arrellanaba en el canapé.

—Vengo á decirte adiós, Lipe — exclamó chupando su pipa y echando las piernas por cima de los almohadones.—No es porque ese emborronado criado tuyo me haya despedido ¡quial es que hace tiempo deseaba yo quitarme de en medio más que á prisa. Me repugnas, me das náuseas, y no tengo porqué aguantar el asco,

cuando puedo en otra parte, pidiendo limosna con mi violín, conservar sano el estómago. Pero desde luego te anuncio que volveré aquí; volveré... así que tú hayas vuelto también las espaldas, desamparando á esa mujer que por tí se ha perdido, y á quien no mereces ¡necio! Cuando tú la abandones, ¡Yalomitsa la protegerá! Y ahora, abur; hasta nunca.

Alzó las cejas Felipe, con más impaciencia que cólera.

—Ya veo que no me tomas por lo serio — prosiguió el bohemio, después de sacar una densa y apestosa bocanada de humo.—Haces mal, Lipe, haces muy mal. ¡Creo que finges! Si yo te dijese que me voy como si tal cosa, también fingiría. Las raíces del cariño no se arrancan así. He sido amigo de tu pobre madre, de quien has renegado; me he sentado muchos años á su mesa, y todavía creo paladear su vino, y comer su pan. Esto no se olvida. Te he visto en la cuna, te he tenido á caballo en esta rodilla horas y horas, me has tirado del pelo, me has arañado con tus manitas; y dejar de quererte me es imposible, como me es imposible dejar de ser artista. Pero desde el día que te embrujaron... moriste para mí. Bebiste el filtro, pisaste la mandrágora, y perdiste la razón. No te rías, no, que ya sé que esa risa no te sale del alma. Si estás pensando que aquí hay un loco y que ese loco es Yalomitsa, mira, Lipe, mira que te engañas; no hay más loco que tú. Me das lástima... Por eso no la emprendo contigo á palos.

—Gregor — murmuró Felipe, —afortunadamente te conozco y te tomo según eres. A hacer caso... Miraya te habrá dicho cualquier aspereza. No te ofendas; ya sabes que donde yo esté habrá sitio para tí. No creas que he olvidado á mi madre... —y al decir esto, la voz de Felipe se veló algún tanto.

Aquella nota de sensibilidad encontró eco inmediatamente en el corazón del bohemio, que exclamó temblando de esperanza:

—Felipe, tú no eres de piedra. Aun estás á tiempo. Compadécete de Rosario... ¡y compadécete, sobre todo, de tu hijo!

Saltó Felipe en la silla, clavando sus ojos espantados en la cara cobriza del bohemio.

—¡No te entiendo!—murmuró.—¿Qué dices?

—¿Qué digo? La verdad.

—¡Te equivocas, Gregor...! ¡Rosario.. me hubiese... enterado á mí!

—O no. El alma que te falta á tí, le sobra á Rosario. No ha querido sujetarte. Te deja á tu albedrío. ¡Ella vale cien veces más que tú!

—Pero... ¿te hizo confianzas?

—Ninguna. ¿Para qué? ¿Soy yo ciego? Tú estás persuadido de que Gregor es un pobre jilguero; un violín que ríe y que llora... Gregor lee en el presente y en el porvenir.

Felipe permanecía clavado en la silla, atónito, abrumado por el peso de la noticia tremenda.

—Antes de marchar quise decírtelo, para que conste que lo sabías... No podrás alegar ignorancia. La verdad; estoy por creer que no lo sabías realmente. Es imposible que las brujas

de Macbeth, al saludarte rey, te hayan arrancado el corazón y te hayan puesto en su lugar un guijarro. Felipe, aun puedes romper el maleficio. . Aun puedes volver por tí, por tu honra; aún puedes apaciguar á la sombra de tu madre... ¿No se te ha aparecido?

Al hablar así, el bohemio avanzaba sobre Felipe, agarrándole del brazo con mano convulsa, y quemándole el rostro con su hálito febril. Sus pupilas negras fascinaban y ondulaba encrespada y electrizada su melena serpentina. Felipe retrocedió; no era la primera vez que le estremecía ver de cerca al bohemio irritado, agorero y feroz.

—Oye —dijo éste con una especie de extravío —ya sabes que también soy algo brujo. No es la primera vez, ni la segunda, que sueño que oigo una conversación, y á los pocos días la oigo en efecto, con sus mismas palabras y hasta con los gestos que dormido ví hacer á los interlocutores. Tú estás seguro de que no miento. Pues por la sepultura de tu madre te juro, Lipe... que he soñado cosas horribles para tí; cosas que hasta me falta valor para explicarlas. Te he visto tendi lo, boca arriba, al sol... y las moscas revoloteaban sobre tu cara y se posaban en tus ojos.

Con trágico ademán, Yalomitsa hundió los dedos en la cabellera y se la mesó, como el que ve efectivamente un horrendo espectáculo. Un gemido ronco brotó de su garganta, y salió corriendo de la habitación, donde quedaba petrificado Felipe.

A la hora del almuerzo, buscaron en vano á Yalomitsa. Se había marchado á pie, con un hatillo al hombro y el violín debajo del brazo, por el camino polvoriento, y ya debía de estar muy lejos de la Ercolani.

## XIII

## ÚLTIMO PASO

CONVIENE hacer justicia á Felipe: la cosa en que menos pensó, fué la siniestra predicción del bohemio. Le hizo el caso que haría al chillido lúgubre del ave nocturna, ó al ronco desvariar de enfermo delirante; al cuarto de hora ni se acordaba de ella. Otra idea llenaba su espíritu; otras palabras repercutían sin tregua en su mente. «¡Tu hijo!» había dicho aquel insensato... ¿Sería verdad? La hipótesis tan sólo bastaba para dictar á Felipe su línea de conducta... No era dable titubear: el deber se presentaba claro y categórico... ¡No habersele ocurrido antes que podía suceder *aquello!* Contingencia tan natural echaba por tierra las combinaciones de la política y las imposiciones de la historia...

Miraya salió en el cestito, con orden de recoger al loco de Yalomitsa si conseguía darle alcance, y se hallaron solos Rosario y Felipe, sentados en el sitio predilecto, el templete des-